

EL ENIGMA DE LA ESCRITURA SUMERIA

Los precisos recuerdos de mi travesía empezaban en la remota ciudad de Mileto, continuaban a través de un largo viaje hasta el corazón de Mesopotamia y se interrumpían poco antes de que alcanzara a ver las murallas de Babilonia.

Allí fui interrogado por dos centinelas a quienes revelé mi procedencia; pero no el propósito del viaje o lo que había acontecido en su etapa final, al ser incapaz de recordarlo. Los detalles que acompañaban mi confesión, no obstante, encajaban con ella: vestía al modo de cualquier ciudadano oriundo de una ciudad jonia y hablaba con un acusado acento extranjero. Además, me encontraba demasiado débil y aturdido como para mentir por lo que, finalmente, fui conducido - yo no hubiese llegado mucho más lejos - a cubierto de la intemperie donde hallé la merecida tregua a mi agitado destino.

Sin embargo, esa noche y las que siguieron sufrí fuertes pesadillas de las que no lograba desembarazarme al despertar. A eso había que añadir mis infructuosos esfuerzos por recuperar la memoria y el largo y penoso tiempo que iba a transcurrir hasta conseguirlo.

En primer lugar recordé el objetivo de mi viaje: tres tablillas de arcilla grabadas en la antigua escritura sumeria cuyo contenido constituía el único testimonio conocido sobre el origen de dicha escritura. Su posesión había sido motivo de disputa entre reyes y sabios por lo que según el resultado repararon en palacios o ciudades distintas, como Nínive o la propia Babilonia. Podían, no obstante, ocultarse en otros lugares sin que tuviese una mayor seguridad de encontrarlas en ninguno. Por el momento, mi

búsqueda estaba apoyada sobre la base de una información precaria y turbia o quizá únicamente sobre la de una leyenda.

No tardé en comprobar la magnitud de la ambición atraída hacia esas legendarias tablillas cuando, de camino a Mesopotamia, nuestra caravana fue atacada bajo la sospecha de que poseíamos pruebas sobre su paradero. Los agresores asesinaron a la mayoría de los mercaderes malhiriendo al resto a golpes, uno de los cuales me alcanzó en la cabeza e hizo que perdiera la consciencia.

Cuando desperté había olvidado lo sucedido y de este modo reemprendí una marcha en solitario por extrañas tierras antes de alcanzar a ver las monumentales murallas de Babilonia.

Pronto sentí el deseo, aún sin estar completamente recuperado, de recorrer esta majestuosa ciudad. Durante aquella mañana veíanse junto a una de sus puertas de acceso numerosos ciudadanos congregados en riguroso silencio y al abrirme paso descubrí porqué: escuchaban cuentos relatados por un anciano ciego. Al ver sus gestos y escuchar sus palabras caí en una especie de trance inducido, además, por las pausas de un silencio impregnado de misterio y magia.

Una vez terminada su actuación esperé a que la multitud se dispersara, me dirigí a él con palabras de estima hacia su arte y le pregunté si conocía alguna historia acerca de las tablillas. Me respondió asintiendo con un significativo ademán e inmediatamente coloqué varias monedas en su mano. Noté que vacilaba antes de aceptarlas pero por fin las guardó y supe que, al parecer, procedían de la biblioteca del rey Assurbanipal, en Nínive.

Allí fueron traducidas a una lengua más moderna, el acadio, y se hicieron copias de esta traducción y del original sumerio. La guerra, empero, amenazaba a la capital de Asiria y antes de que ésta fuera sitiada y, más tarde, destruida las tablillas se trasladaron a Babilonia, sin que llegara a conocerse su destino final. Según ciertas fuentes habrían sido depositadas

en el templo de Marduk o en el palacio del rey Nabuconodosor II así que decidí, por ese orden, visitar ambas construcciones.

Cuando llegué al templo vi en medio del mismo una torre escalonada cuyas dimensiones podían, al subir la gente por sus escaleras, contrastarse con las del ser humano. Yo mismo ascendí hasta la penúltima planta y desde ella pude distinguir la frontera del cielo con la ciudad que se había propuesto alcanzarlo. Fue inevitable, entonces, que pensara en una práctica babilónica ancestral como es el escrutinio de los astros y así permanecí largo tiempo y sin prestar atención a ninguna otra cosa.

Al bajar fui al encuentro de un sacerdote caldeo quien me habló de los dioses locales; pero cuidó muy habilidosamente de hacerlo sobre las tablillas y, esperando mejor fortuna, me encaminé al palacio de Nabucodonosor II.

Accedí a él por los jardines colgantes, exponiéndome a ser visto y castigado, debido a la prohibición que impedía su entrada. A pesar de ello y estimulado por el riesgo llegué hasta las estancias palaciegas en las que anduve perdido por un incierto tiempo en el que buscaba no sabía muy bien qué.

De repente vi salir, agazapado en la esquina de un pasillo, a un escriba babilonio de una gran sala, entré, y comprobé que se empleaba como archivo. La mayoría de sus documentos estaban escritos en el antiguo sumerio, escritura desconocida por mí; aunque no sucedía lo mismo con el acadio o el moderno babilonio, también empleados. Empecé a leer de inmediato en estas últimas lenguas las primeras tablillas elegidas al azar y descubrí innumerables documentos administrativos junto a otros de contenido aún más prosaico.

Muchos de los datos e informes registrados no ofrecían un solo comentario o referencia útiles para mi búsqueda. En esos momentos me fijé en la diferencia de color entre las tablillas situadas a mayor altura y el resto de

manera que, según pude ver, esto era consecuencia o no de su cocción. Las cocidas, por ser más valiosas, se guardaban en lugares reservados y en uno de ellos, semioculta, hallé una muy antigua escrita en sumerio con la correspondiente versión acadia. Revelaba la existencia de las tres tablillas que iba buscando, confirmada por una crónica de sus avatares históricos y el lugar exacto donde se escondían. Memorice ese lugar y conseguí, con grandes precauciones y algo de suerte, salir del palacio.

Aquella misma mañana partí hacia la ciudad de Borssipa, al suroeste de Babilonia, celebrando que el viaje fuese corto: cualquier destino lejano me hubiera obligado a ser paciente, algo de lo que entonces no hubiera sido capaz. Al llegar divisé una imponente torre o zigurat y sentí, a partir de ahí, mi voluntad unida a la de los dioses. Avancé con ese sentimiento hasta el templo de Nebu, dios venerado entre otras cosas por ser el inventor de la escritura.

No fue difícil localizar dicho templo: de lejos relucían sus bellísimos ladrillos elaborados con lapislázuli mientras el sol que los iluminaba iba ocultándose y anochecía, de hecho, poco antes de que lograra una antorcha y tratara de orientarme mejor. Mi principal punto de referencia no era, sin embargo, el templo de Nebu sino una tumba con su representación, en particular, la de un escriba babilonio muerto durante el reinado de Hammurabi.

Busqué intencionadamente entre las más viejas y comprobé que en algunas aparecía grabado un cáñamo sobre un altar, símbolos del citado dios. No obstante, sólo confirmé que había encontrado mi objetivo al leer sobre una de esas tumbas su extraña y confusa inscripción. A continuación conté partiendo de frente y en línea recta unos quince pies y empecé a cavar precipitadamente en ese punto hasta que a una considerable profundidad hallé una pequeña arca en cuyo interior se habían preservado las tablillas.

Acerqué la antorcha y empecé a leer la traducción grabada bajo el original sumerio descubriendo lo que había deseado saber: una explicación junto a cada letra o carácter cuneiforme del origen de sus formas, de la naturaleza del nexa que unía las mismas a su significado y del sentido último de ese significado. Las combinaciones de los símbolos escritos en palabras eran examinadas con divina clarividencia ofreciendo las claves del mencionado proceso y eligiendo términos como Alma, Dios y Hombre en calidad de ilustrativos ejemplos. Frases enteras podían, asimismo, explicarse por los significados referidos a otros significados hasta dar con el absoluto...

Llegado ese momento interrumpí la lectura y eliminé toda huella o indicio que pudiera delatarme. Entonces concebí la idea de esconder las tablillas entre el primer cargamento que saliera rumbo a Mileto.

Desde Babilonia y al siguiente día partí en una nutrida expedición comercial con un ritmo de avance muy mermado por la sobrecarga. Durante las primeras noches apenas pude dormir y no pude hacerlo hasta que recorrimos dos tercios del viaje, de manera que alternaba con grandes desfases sueño y vigilia. Solo logré sobreponerme a esa falta de descanso gracias a una fuerte voluntad y a un horizonte que siempre confié en poder alcanzar.

Éste se vislumbró al fin en forma de perfiles y contornos pétreos procedentes de la ciudad de Mileto. Una vez en ella empezamos a descargar las mercancías y con el debido cuidado desaté el arca camuflada del animal que la había transportado. Al llevar a cabo esta acción noté un peso insólito y movido por un mal presentimiento me arriesgué a abrirla allí mismo. Hundí mis manos bajo la tierra que había depositada al fondo sin encontrar rastro alguno de las tres tablillas. Mi reacción fue negar bruscamente la realidad y, casi de forma simultánea, desperté.

Me costó reconocer el lugar donde estaba, es decir, la biblioteca de Pérgamo, siglos más tarde del tiempo en que había transcurrido mi sueño.

En el suelo encontré un papiro que leía antes de quedarme dormido y que se me había caído después. Lo recogí, desenrollé y leí su párrafo inicial: “Los precisos recuerdos de mi travesía empezaban en la remota ciudad de Mileto, continuaban a través de un largo viaje hasta el corazón de Mesopotamia y se interrumpían antes de que alcanzara a ver las murallas de Babilonia”

Manuel Gutiérrez Ramón

xiloto@terra.es